

ROBERTO SANTANA

Ciudadanos en la etnicidad. Los indios en la política o la política de los indios, Quito, Ediciones Abya-yala 358 páginas. 1995

Pocos estudios se enfrentan al impresionante cambio cultural que viven los pueblos indígenas en América Latina, con enfoques que den cuenta de las tensiones sociales y los conflictos políticos que los definen. Las explicaciones sobre el largo, etnocida y colonizador proceso de aculturación —como mirada secular y única interpretación posible del cambio cultural— están siendo desplazadas por la problematización y estudio de la relación dinámica, recíproca y estratégica entre el Estado nacional y las comunidades y pueblos indígenas.

Santana en su libro quiere presentar, a partir de la realidad rural ecuatoriana y del progresivo auge del movimiento indígena en ese país (hasta antes del levantamiento del Inti Raimi en 1990), la entrada concreta a la modernidad de los indígenas, dando cuenta de un “pasaje” de indio a ciudadano. El enfoque no se inscribe dentro de la tradición indigenista, demostrando de paso que la dimensión social y política de los estudios antropológicos se logra sin necesidad de convertirlos en denuncias.

Santana llama *pasaje* a “un cierto número de procesos, tendencias y comportamientos que atestiguan el paso desde las relaciones políticas tradicionales, propias del funcionamien-

to interno de las comunidades, hasta las modalidades y prácticas modernas” que modifican de manera sustancial la gestión identitaria, por ligarse estrechamente a los procesos globales de la nación. La articulación a la sociedad nacional, la vinculación a la economía de mercado, la aparición de elites indígenas, las mejores posibilidades de educación, el acceso a bienes de comunicación y consumo, etc., o como en el caso colombiano las entidades territoriales indígenas, la jurisdicción indígena, las transferencias de los ingresos corrientes de la nación, la negociación directa con entidades internacionales y la circunscripción electoral indígena, pueden ser algunos ejemplos.

Por sí solos no dicen mucho; menos si son interpretados como factores de aculturación. Pero si se les asigna el valor y la importancia de la política, tenemos que son elementos que inevitablemente ponen en marcha la modernización de las sociedades indígenas. Este es el desafío de ellas y tal parece que lo ha sido a través de la historia. Articularse a la sociedad nacional como ciudadanos o a través del reconocimiento de derechos para los pueblos indígenas —las sociedades autóctonas, como las llama Santana— conlleva procesos de renovación identitaria y de articulación ciudadana a la sociedad nacional. Ese

fenómeno lo denomina el autor “desenclave político de la etnias” y lo define como una marcha sinuosa hacia la calidad de ciudadanos.

Para relacionar etnicidad y ciudadanía, Santana parte “de los procesos sociales en curso entre los indígenas ecuatorianos para ir al encuentro del sistema político institucional” de ese país. El principal camino para lograrlo —concluye— es la identidad étnica. Comparto esa idea pues parece ser que todos los movimientos étnicos buscan ordenarse, encontrar coherencia en la reivindicación identitaria e impulsar la revitalización interna de la etnia, como los pijaos y yanaconas de Colombia, por ejemplo.

“Más precisamente —dice Santana— la reivindicación política de esta identidad, la etnicidad, nos sirve de guía.” La etnicidad es pues una práctica político ideológica, de ahí que el libro se llame *Ciudadanos en la etnicidad. Los indios en la política o la política de los indios*. Por primera vez un título involucra a los indios en la política en lugar de hacerlos objeto de la política o de la politiquería. Lo logra, entre otras cosas porque le asigna a la etnicidad un valor de fuerza instituyente de alcance nacional. Supremamente interesante tal análisis en estos momentos en que, en Colombia, los procesos étnicos van años luz adelante de la reflexión académica y política. La lectura de este libro es un llamado para modernizar nuestra percepción sobre el asunto.

El libro de Santana está organizado en tres partes: la primera, que comprende tres capítulos, es el marco sobre las prácticas y las representaciones estatales. Estas se exploran desde el derecho jurídico, la administración y la planificación, como actividades del Estado enfrentadas al poder étnico, lo que impide hacer una interpretación mecánica del poder del Estado. El autor plantea el poder étnico como un asunto moderno. Antes, según él, no lo hubo. Lo cual es susceptible de debatir pues es obvio que a toda acción de poder corresponde una reacción de poder que se le opone.

En la segunda parte, propone cuatro signos sociopolíticos de la revitalización étnica en el Ecuador, los cuales organiza en capítulos. El primero de ellos es la comunalización; el segundo, la lucha por la autonomía étnica que se opone a toda política de clase; el tercero, es el efecto sobre la iglesia, su pensamiento y sus acciones; y el cuarto y último también tiene que ver con un modelo religioso: el protestante. La principal inquietud de esta parte es saber si la revitalización étnica mantiene el tutelaje religioso. Es posible que esta sea una característica del indigenismo ecuatoriano. Si algo caracteriza a los indigenismos mexicanos, colombiano y ecuatoriano es el estatalismo del primero, la independencia y autonomía del segundo y, la tutela eclesiástica del tercero.

La tercera y última parte, es el aprendizaje de la política moderna. En

ésta estudia las características y estrategias en una etnia minoritaria a partir del grupo familiar y de la comunidad, exponiendo una dualidad. El otro elemento de aprendizaje de la política moderna son las relaciones entre las autonomías, la democracia y el sistema político. Vale decir, de las distintas formas de acceder a la representación.

Finalmente, el autor piensa en el papel de los indios en los destinos de la democracia y en la construcción de una identidad política nacional. Aquí da la impresión de que su idea está más cercana a la de los sacerdotes franciscanos del sector proindio, de contruir el reino milenario en América, o de las utopías socialistas de mundos proletarios. La construcción de una identidad política nacional india es algo complicado de sostener. Pero él lo plantea así. Sin embargo, al reflexionar sobre esta situación, y pensar en cómo se organiza un movimiento atomizado caracterizado por movimientos dispersos y etnias diversas, deja la inquietud de que de pronto ese no es el camino: la consistencia de un proyecto nacional no es la identidad indígena común.

La lectura que se encausó por conocer cuál era el papel de la etnicidad en la construcción de la comunidad política en el Ecuador y su papel en el proceso de articulación a la sociedad nacional, dejó gratas expectativas. El caso colombiano, que el autor no conoce, pero que sirve de referencia en el análisis del texto,

plantea no el problema del pasaje indio-ciudadano, sino del hiato con la política en tanto un proceso de construcción de comunidades políticas étnicas para hacer uso de los derechos de ciudadanía. Si bien la constitución garantiza unos derechos, llevarlos a la práctica es en muchos casos demoledor para las propias comunidades. No puede ocurrir el ejercicio de un derecho sin el reacomodo de las fuerzas internas del Pueblo Indígena.

Queda abierta la posibilidad de confrontar tesis y orientaciones respecto de la etnicidad. Por un lado, se piensa que ella es compleja y contradictoria, pero puede ser comprendida en la arena política. En ésta se desarrollan dos procesos de carácter más político que cultural: uno interior de construcción de comunidad y, otro exterior de definición de la ciudadanía. La etnicidad, en consecuencia, puede usarse como una categoría explicativa de los procesos sociales y movimientos étnicos, para dar cuenta de la dinámica de los cambios culturales entre los pueblos indígenas

Por el otro lado, Santana piensa que la etnicidad no puede concebirse más que teniendo en cuenta dos palancas esenciales íntimamente ligadas a la identidad: la territorialidad y la permanencia: la permanencia permite comprender la continuidad de un rechazo histórico a la dominación impuesta (signo negativo de identidad) pero igualmente un paso a la visión constructiva del futuro indígena y del porvenir nacional (signo positivo).

